

CRONICA AGRIDULCE DE MI UNIVERSIDAD

Son las once de una mañana clareada y muy ventosa, estoy en mi recordada Sevilla, he pernoctado en Triana, al otro lado del mágico río, patria de toreros y cantaores, cruzando el puente de San Telmo que une las dos mitades de la ciudad, la visión que se contempla al pasarlo es un espectáculo inigualable, fantástica, no falta de nada, agua cimbreada por la fuerte brisa, cielo azulísimo con nubes de esponja que se mueven de un lado a otro y multitud de torres puntiagudas que dejan translucir su historia. Estoy en Sevilla y aún no me lo creo, pero es cierto, me lo dice su aroma, su luz, su magia.

He tomado el nuevo metro en la Puerta de Jerez en la única línea terminada, que une Ciudad Expo con Montequinto, qué moderna se ha vuelto mi Sevilla, qué lujo de metro, qué maravilla, qué bien me encuentro en esos momentos acompañado de mi esposa, que como me siento tan ilusionado me aprieta la mano con más fuerza. ¿Queréis adivinar adónde nos lleva?, yo creo que ya lo estáis imaginando. Siento el paso por encima de mí de La Plaza del Cid, del Prado de San Sebastián, de Nervión, de la Gran Plaza, -cuántos recuerdos- cada minuto que pasa la emoción que siento, me ahoga. Quiero ver ya la luz, me agobio, quiero saber ya dónde estoy. De pronto una claridad al fondo me indica que vamos a salir del túnel, ya debo estar cerca. He salido y he mirado por la ventanilla, aún no he visto lo que tanto deseo, ¿dónde se habrá ocultado?.

¡¡¡La he visto, la he visto y me ha mirado¡¡¡, como diría Becquer. He visto mi torre, la he visto asomarse al fondo casi tapada por unos edificios, me siento emocionado, hacía tiempo que no la observaba en directo, para mí ya era demasiado el que había pasado. El metro se acercaba lentamente dando algo de vuelta, cada segundo la tengo más cerca. Si tuviera un brazo muy largo la acariciaría. Pero, ¿dónde está todo el conjunto? Observo que se encuentra casi tapado por edificaciones universitarias nuevas que han surgido por todos los sitios. Algo me huele a una especie de violación de mis derechos, han conculcado los recuerdos vírgenes que poseíamos en nuestros recuerdos de estudiantes. Alguien ha roto sus encantos, ha enterrado, ha ocultado parte de nuestra vida, de nuestra juventud, de nuestros sueños, de nuestras vivencias, de nuestras esperanzas.

Estamos llegando a la parada de Metro y “vaya tela”, con la dichosa estación, pues no que le han puesto de nombre “Pablo de Olavide”, ¡me cag.....! Tanto trabajo les habría costado poner Estación “Antigua Universidad Laboral”. Me dirían nooooo, eso no se pude poner, por esto, por lo otro, ¡Cómo le íbamos a poner eso! Será posible, con lo bonito que quedaría. Ni ese detalle han tenido con los miles y miles de personas de todas las partes de España que salieron de ese Centro, y que dejaron allí su sudor y su adolescencia, aquellos que hace ya muchos años, la pisamos por primera vez. Nos han usurpado nuestros sentimientos, nuestras nostalgias, nos han pisoteado nuestros recuerdos. En fin, a ellos qué les importa, qué más les da nuestros recuerdos.

He pisado nuevamente su santo suelo, ahora mancillado por otras pisadas juveniles que no tienen culpa de ello. Multitud de jóvenes han salido del metro y se han dirigido a sus aulas, a sus clases, qué sana envidia me dan. Ya disfruto de todo su conjunto arquitectónico, aprisionado por otros que no pegan ni con cola. Veo a mi izquierda dos campos de fútbol de césped artificial, casi pegando a las antiguas residencias y aulas. Muy bonitos por cierto, pero a mi me sientan como un tiro. Yo quiero a mi Universidad

tal como era, aunque por dentro sé que es una quimera, una tontería que digo, una imposibilidad más allá de lo imposible.

Hemos pasado por el grandioso pasillo central, qué preciosidad, menos mal que hay cosas que ya no pueden cambiar, tienen que quedar así por los siglos, con sus residencias y aulas simétricamente a sus lados que salen del pasillo, como ramas de un árbol.

He dejado a mi esposa tomando un café en el bar del final del pasillo y yo solo me he enfrentado a mis nostalgias y mis recuerdos y los he tomado de la mano y los he estrechado con fuerza. Solo con ellos he ido recorriendo todos los lugares, miles y miles de lugares de los que guardo un imborrable recuerdo y que todos están alojados en un huequecito de mi corazón.

Al llegar a mi primer Colegio San Isidoro, ahora llamado... no me interesa su nombre. Lo mismo que el “malaje” que lo cambió todo. Qué culpa tendrían San Isidoro, San Fernando, Alfonso el Sabio, etc. Todos fueron borrados de brochazo y se quedaron tan contentos “con el deber cumplido”.

He recordado completamente mi estancia en ese lugar, cuántas añoranzas aquéllas, con mis tiernos años, he degustado con fruición el sitio, he tocado sus paredes, he pisado sus suelos, que aún son los mismos, me he introducido hasta por donde seguramente sería prohibido pasar, pero me ha dado lo mismo, le he echado valor a ello, quién me lo iba a impedir, si es mío más que de ellos.

Me he sentado en los mismos sitios que me sentaba, he aspirado el olor a azahar, porque precisamente ese día empezaba la primavera. He mirado el desaparecido campo de fútbol y he dejado el tiempo pasar, absorto, liberado, inmerso en mi desaparecida juventud, y quiero decir que me he sentido bien, mal dicho, muy bien, infinitamente bien, mejor que nunca. Eso no me lo han podido quitar, ni me lo quitarán nunca.

Así he hecho por todos los Colegios en los que estuve y en todos ellos los recuerdos se me agolparon, y atenazaron mi corazón, originándome multitud de taquicardias benignas que parecían que iban a desbocarlo.

Y he llegado a la Plaza de América como ahora la llaman, y claro, no se encontraba la placa de siempre, manos traidoras con alevosía y nocturnidad y esto es cierto, la sustrajeron. Y pusieron otra haciendo referencia a la nueva labor. Pero no dejaron una pequeña referencia a lo que había sido aquel Centro antes. ¿Qué trabajo les había costado? Si yo tuviera un poder sobrenatural, todas las mañanas aparecería en el mismo lugar con letras bien grandes “Esto fue la antigua Universidad Laboral”, lo garantizo. Para que se enteraran de que la Historia de España no se puede cambiar porque un día alguien y ungido con poder se sienta iluminado.

Bueno para qué flagelarme, seguí recorriendo muchos más rincones, con mi torre a mi lado, la abracé contra mi pecho y me curó el mal talante que llevaba en esos momentos. Por cierto la encontré muy descuidada, cualquier día se nos cae y entonces será el fin de los fines. Declararé la guerra santa al causante de ello y con un ejército de voluntarios que seguro reuniré, obligaré a la Autoridad reinante en ese momento, a que la construyan ladrillo a ladrillo nuevamente.

Me he dirigido al punto de partida, con regocijo y tristeza mitad a mitad. Tristeza, porque ya no es lo mismo de antes, sé que lógicamente tiene que ser así, pero me queda la rebeldía juvenil de luchar por lo que en mis añoranzas anhelo y regocijo, porque he pisado los mismo pasos de mi juventud, y me he saturado de vivencias que nada ni nadie me va a quitar jamás.

En el bar, seguía sentada mi mujer leyendo un periódico, la he besado y le he dado las gracias por tener esa paciencia que tiene conmigo. Que Dios se lo pague.

Hemos terminado en el “Bar Los Caminantes” de Montequinto, y las penas y las alegrías de mi corazón las he mojado con cantidades generosas de Cruzcampo y gambas de Huelva.

Mientras Sevilla seguía su vida normal, guapa, preciosa, radiante, y cada día que pasa más

He vuelto a Sevilla en metro, y he visto a mi Uni, alejarse a través de los cristales, el vaho de mi tristeza los ha empañado y la he visto borrosa, allí quedaba mi otro yo, que siempre seguirá eternamente aferrado a ella, por mucho que se empeñen en que no sea así.

Sagunto, 26 de marzo de 2011
Vicente Angulo del Rey